

LOS INTELLECTUALES Y LA REVOLUCIÓN

Francisco José Paoli Bolio*

Los intelectuales han definido la Revolución con intenciones, que se pueden ver como distintas. La han descrito como un sacudimiento social violento, que destruye caminos, puentes y acaba con muchas vidas humanas de los grupos en conflicto y sustituye gobiernos encumbrando a los caudillos revolucionarios. También la han analizado como fuerza que demuele instituciones y crea nuevas formas de relación humana en la sociedad. Esta última concepción es la que nos habla de cambio de estructuras sociales, económicas, políticas y culturales. En la primera visión descriptiva de la Revolución predominan los aspectos negativos y destructivos. En la segunda, las intenciones explicativas de los acontecimientos y también la propuesta de construir un nuevo tipo de relaciones que mejoren en diversos sentidos las condiciones de la vida humana. No se trata necesariamente de concepciones excluyentes, como con frecuencia se les presenta. Lo descriptivo muestra, pero no explica o explica poco. Lo teórico, en cambio, busca hacer inteligibles los acontecimientos, relacionarlos con otros y también justificarlos o condenarlos; pero sobre todo es una orientación para construir las instituciones que conducirán la nueva sociedad.

Los intelectuales han participado en las descripciones y en las explicaciones de los movimientos revolucionarios. Frecuentemente en ambas tareas, que aunque son distintas, pueden relacionarse. Algunas descripciones pueden contener indicios de explicación; algunas explicaciones requieren la narración de acontecimientos para ilustrarse.

Los intelectuales presentan en ocasiones a las revoluciones con profundidad, mostrando cómo se cambian una serie de valores y criterios con los que se orientaba y conducía una sociedad, por otros que buscan alcanzar relaciones de mayor igualdad y justicia entre las personas y los grupos sociales. Para lograrlo se erigen instituciones inéditas y se organizan nuevos tipos de Estado y nuevas formas de

gobierno, dotados de órganos, instrumentos y leyes que otorgan facultades más amplias que las anteriores, que buscan trascender. Después de las revoluciones se reparten los bienes de una manera distinta a como estaban en lo que se llama el “régimen anterior”, que los franceses llamaron en su idioma revolucionario el *ancien régime*. A menudo estas nuevas formas de relación entre las personas y las valoraciones emergentes de la lucha revolucionaria, se prescriben en una Constitución, que las recoge en normas de dos tipos: unas que establecen los derechos y las obligaciones de las personas y los grupos; y otra que define los órganos de representación, gobierno e interpretación de las normas generales.

Las descripciones y explicaciones de los movimientos revolucionarios no se hacen sólo con palabras, habladas o escritas. Se realizan a través de la creación artística, de la música, la pintura, la escultura, la poesía, el teatro y los sistemas educativos.

1. La Revolución mexicana

El combate político mayor del siglo xx fue la Revolución mexicana. La lucha sangrienta y demoledora contra la dictadura de don Porfirio Díaz no sólo fue producto de las luchas obreras y campesinas, como constantemente se presenta. También hubo una gestación revolucionaria y un desarrollo en el ámbito intelectual. En efecto, en las postrimerías del porfiriato, se incubaba una ideología nacionalista contestataria entre grupos muy activos de intelectuales, artistas, periodistas y profesores que van a constituir poderosos motores del cambio preconizado por los grupos revolucionarios.

La Revolución representa un nuevo crisol cultural en el que violentamente se volvieron a mezclar, y se integraron de una manera diferente, las normas y valores sociales, recreándose algunas instituciones que parecían estar sepultadas con la modernización porfiriana. Entre ellos destaca el comunismo agrario, que reclama y consigue un lugar amplio entre las reivindicaciones revolucionarias que se van a establecer en la nueva Constitución.

En materia cultural la Revolución, que se inicia en 1910, promueve un gran acomodo. Lo indígena, que había sido marginado, se reivindica. La modernización porfiriana condujo a una intensa occidentalización, al poco aprecio por las culturas mesoamericanas, las expresiones de su arte, de su vida comunal, de sus fiestas, de su religiosidad y, mucho menos, de sus derechos sobre la tierra y formas para hacerla producir.

La nación es revalorada como algo fundamental, en cuyo beneficio se establecen las nuevas instituciones. Es decir, toda la vida humana que se había desarrollado en el territorio y que incluye destacadamente la de sus moradores originales, se pone sobre relieve. El nuevo impulso nacionalista que abreva de lo indígena se gesta en las catacumbas del arte, antes de que surgiera el combate revolucionario de las armas. Y es parte de la impugnación de la dictadura porfirista que se había extranjerizado. Los artistas contestatarios buscaron apoyarse en algo propio, algo que se diferenciara de las tendencias europeas dominantes durante el período de la dictadura y aun antes, en el largo tiempo colonial. Ésa fue una tarea intelectual, política, por excelencia: encontrar fundamentos para plantear la alternativa. Así pues, los artistas de aquel tiempo, echaron mano de elementos culturales que seguían vivos en la vida del pueblo. En realidad los elementos de las culturas indígenas no desaparecieron, aunque sí retrocedieron batiéndose en retirada ante el proceso de modernización de los colonizadores, primero, y de los liberales y de los positivistas, después. Las catacumbas culturales de la Revolución los van a retomar. La rebeldía de los artistas buscó expresar una forma propia de ser, que cabalmente pudiera llamarse mexicana. Los artistas tomaron elementos de las culturas indígenas para sus reformulaciones estéticas, del suelo profundo de las culturas autóctonas.

La Revolución fue el proceso que hizo posible el nuevo surgimiento de una serie de valores y necesidades materiales y simbólicas de los grandes contingentes populares, lo cual condujo, tras terribles batallas, a una reorganización social completa del país.

2. Precursores

Dos grandes precursores de la crítica nacionalista a la cultura afrancesada del porfiriato fueron José Guadalupe Posada, el extraordinario grabador, y Vanegas Arroyo, impresor que hizo excelentes publicaciones populares. El grabado como una posibilidad ampliada de mostrar y hacer circular el mensaje dibujado a las masas analfabetas. Sumados a los textos periodísticos, como los publicados por Filomeno Mata en su *Diario del Hogar* o los hermanos Flores Magón en su periódico *Regeneración*, los mensajes no sólo hacían planteamientos negativos, sino que fomentaban con amplitud en los sectores populares nuevos valores y ambiciosas metas de transformación social.

En el seno de la Academia de Bellas Artes de San Carlos, empezó a germinar

y a desarrollarse en esa rama cultural la nueva ideología nacionalista. Uno de los gestores más influyentes de esa corriente fue el doctor Atl, maestro a su vez de otros pintores fundamentales de nuestro tiempo: David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco. Este último, que iba a promover con la mayor intensidad en su pintura esa nueva tendencia, apunta en su *Autobiografía* las condiciones abrumadoras de la cultura europea con que los cercaban los sostenedores de la dictadura. Cuenta ese colosal pintor tapatío que en las veladas de los jóvenes pintores de San Carlos “apareció el primer brote revolucionario en el campo de las artes en México”. Veamos algunos de sus planteamientos:

“Se nos permitía pintar, pero había de ser como pintaban en París y habían de ser críticos parisienses los que juzgaban la obra y dijeran lo definitivo”.

“La arquitectura vino a ser un refrito de los *chalets* y *chateaux* franceses. Todos los mármoles y las esculturas de los edificios públicos y privados procedían de Italia”.¹

El Dr. Atl aparece también en la narración autobiográfica de Orozco, capitaneando la subversión artística: “en aquellos talleres nocturnos donde oímos la entusiasta voz del doctor Atl, el agitador, empezamos a sospechar que toda aquella situación colonial era solamente un truco de comerciantes internacionales; que teníamos una personalidad propia que valía tanto como cualquier otra. Debíamos tomar lecciones de maestros antiguos y de los extranjeros, pero podíamos hacer tanto o más que ellos. No soberbia, sino confianza en nosotros mismos, conciencia de nuestro propio ser y de nuestro destino”.²

Al caer el porfiriato, el doctor Atl, cuyo nombre auténtico era Gerardo Murillo, fue una figura paradigmática en el nuevo movimiento cultural. Promotor entre los más activos de una nueva dinámica cultural basada en el relevo de elementos propios, empezó por el paisaje mexicano que recreó en su pintura y proporcionó un símbolo a la etapa cultural que se iniciaría tras la Revolución.

Después, los grandes humanistas surgidos del Ateneo de la Juventud, como veremos a continuación, renuevan, como Alfonso Reyes, su visión de Anáhuac o proponen, como Vasconcelos, la teoría de la raza cósmica, que reivindican la riqueza de lo indígena o la fuerza y capacidad del mestizaje.

¹ J.C. Orozco, *Autobiografía*, 3ª. ed., México, Era, 1984, p. 21.

² *Op. cit.*, p. 22.

3. El Ateneo de la Juventud y el liderazgo vasconcelista

El grupo llamado El Ateneo de la Juventud nace también en pequeños cenáculos a principios de siglo. El joven arquitecto Jesús T. Acevedo promueve, en 1907, la idea de crear La Sociedad de Conferencias y agrupa en ella a poetas, músicos y pintores, para discutir y difundir corrientes de pensamiento. Las conferencias empezaron a tener lugar ese año en el Casino de Santa María en la ciudad de México, los miércoles por la noche. Al principio fueron conferencias sobre movimientos literarios y artísticos. Poco a poco empezaron a penetrar en aspectos filosóficos, particularmente en aquellas corrientes o posiciones que se diferenciaban del positivismo y aun lo criticaban.

En 1909 ese grupo se transformó en El Ateneo de la Juventud, que fue iniciado ese mismo año por Antonio Caso, con un conjunto de conferencias. La preocupación central fue el combate a la filosofía positivista, dominante en la segunda parte del porfiriato. Entre los principales ateneístas se pueden mencionar junto con Antonio Caso, a José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Cravioto, Martín Luis Guzmán, Diego Rivera, Manuel M. Ponce y Enrique González Martínez.

Algunos miembros del Ateneo padecieron exilio. Al iniciarse la Revolución se sumaron a distintos contingentes y actividades. Y al triunfo del movimiento, ocuparon posiciones de gobierno, diplomáticas o de dirección de instituciones públicas. En su turno, también fueron opositores conspicuos. El caso más notable fue el de José Vasconcelos, villista, abogado y filósofo humanista combatiente del positivismo, rector de la Universidad Nacional, primer Secretario de Educación Pública, promotor del muralismo y la educación popular, y después, primer gran opositor de los gobiernos posrevolucionarios.

En 1912, José Vasconcelos fue nombrado presidente del Ateneo de la Juventud y lo transformó en El Ateneo de México, con una nueva intención que era ya no realizar sesiones de un cenáculo literario y culterano, sino llevar inquietudes culturales nuevas al país. De ese grupo surgió la idea de lanzar la Universidad Popular Mexicana (1912-1920), institución a la que sus promotores ateneístas habían destinado a llevar conocimientos al pueblo. La Universidad Popular fue acción concebida como cruzada cultural por Vasconcelos, vinculado ya al movimiento maderista en el que tuvo notable influencia. Participaron de esa acción intelectuales tempranos como Caso, Guzmán, Torri, Pruneda, Mediz Bolio, Rivera, Fa-



Justo Sierra

bela, Pani, Reyes, Cravioto, Henríquez Ureña, Mariscal y otros. En esa tarea se anticipaba lo que se realizaría en la Secretaría de Educación Pública que fundó Vasconcelos como su primer titular en 1921.

El caso de Vasconcelos ilustra circunstancias en las que un intelectual va de la oposición al gobierno: al triunfo de la Revolución, experimenta el primer cambio y se vuelve la principal figura gubernamental de la educación y la cultura en el gobierno de Obregón (1920-1924), operando como un gran innovador que promueve una nueva conciencia huma-

na. Después, recorre el camino contrario: lanza su candidatura presidencial opositora con la convicción básica de que había que moralizar a los regímenes revolucionarios que habían caído en la corrupción y el autoritarismo.

La primera crítica de Vasconcelos al positivismo de Barreda no se dio en función de la enseñanza de los principios científicos comprobables o verificables, o siquiera de la exclusión de las humanidades. Por supuesto que tal abandono o exclusión le disgustaban, porque veía un empobrecimiento del conocimiento humano; pero se duele desde un punto de vista popular, de que las enseñanzas del positivismo no hubieran alcanzado a la población menos favorecida, al mestizo y al indio, “ni una palabra sobre las leyes físicas que pudieran ilustrarlo para mejorar sus respectivas industrias, ni una noción de química o de botánica, aprovechable para los cultivos, ni un razonamiento claro y preciso que lo ejercitase a pensar con claridad y concisión y sin pedantería”.³

José Joaquín Blanco en su biografía de Vasconcelos, afirma que los ateneístas además de antipositivistas eran helenistas: buscaban en la cultura clásica griega elementos para el combate humanista. Dice este autor que la afición por Grecia unía y

3 Jose Vasconcelos, “El Movimiento Intelectual Contemporáneo de México”, en *Conferencias de Ateneo de la Juventud*, conferencia leída en la Universidad de San Marcos, de Lima, Perú, el 26 de julio de 1916.

diferenciaba a esos intelectuales nacientes: “Buscaban en los grandes mitos griegos una alegoría de sus situaciones personales: Vasconcelos escribió *Prometeo vencedor*, Reyes *Ifigenia cruel*, Henríquez Ureña *El nacimiento de Dionisos*”.⁴ La cultura clásica grecolatina sirvió a los mexicanos como a quienes impulsaron el Renacimiento en Europa para promover una nueva perspectiva humanista.

Entre los intelectuales que formaron parte del Ateneo, los hubo que poco se quisieron conectar con la actividad política. Entre los más destacados están Alfonso Reyes y Antonio Caso. El primero, por el trauma que le produjo el asesinato de su padre, el general Bernardo Reyes, durante la Decena Trágica. Don Alfonso aceptó participar en el servicio diplomático que es sin duda una tarea política hecha con buenas maneras; también tuvo un papel destacado en la fundación de El Colegio de México, institución académica que ha sido señora para la formación de cuadros intelectuales en las ciencias sociales y las humanidades. Don Alfonso Reyes fue después una de las figuras que fundaron El Colegio Nacional.

Don Antonio Caso pensaba que el trabajo intelectual no debían contaminarse con la militancia política. Fue un intelectual puro, si bien influyó considerablemente en la reflexión pública. Entre los intelectuales más destacados surgidos del Ateneo que ocuparon posiciones de gobierno, pueden mencionarse: Alfonso Cravioto, Martín Luis Guzmán e Isidro Fabela.⁵ Todos ellos produjeron, sobre todo a través de la literatura y el periodismo, que era el medio de comunicación más influyente, diversos análisis de la política, crítica política y aun propuestas programáticas.

4. Promoción cultural en los campos revolucionarios

Además de las inquietudes sobre la promoción y la consolidación de una cultura nacional nueva, manifestadas por los artistas, es necesario tener en cuenta las acciones culturales y educativas puestas en marcha en los grupos revolucionarios. Personajes del bando carrancista como los generales Cándido Aguilar en Veracruz y Salvador Alvarado en Yucatán, fueron promotores de grandes impulsos culturales que dieron sustento y legitimidad a los gobiernos posrevolucionarios.

Cándido Aguilar concebía la educación como un articulador fundamental para construir la nueva sociedad mexicana. Su gobierno en el estado de Veracruz destinó importantes recursos para construir escuelas y realizó dos congresos peda-

⁴ Se llamaba *Vasconcelos*, México, FCE, 1977, p. 44.

⁵ Cfr. E. Suárez Íñiguez, *Los intelectuales en México*, México, Ed. Caballito, 1980, p.21.

gógicos. Buscaba secularizar la educación y sustituir al clero católico como principal agente educador. Ésa fue la mejor forma que vieron aquellos líderes emergentes de la Revolución para combatir el fanatismo religioso. El anticlericalismo es una constante en la mayor parte de los planteamientos educativos de la época, muy particularmente en la vertiente revolucionaria del Golfo de México (Veracruz, Tabasco y península de Yucatán), dominada por los carrancistas.

Otra preocupación en la zona del Golfo fue la capacitación práctica de los educandos y el acento en el aprendizaje con experimentación y el trabajo directo de los escolares.

Este aspecto fue especialmente acentuado en la educación agropecuaria, en la que se pusieron en marcha en toda la región escuelas-granjas. Esa tendencia se extendía a entidades del sur como Chiapas y Oaxaca.

No sólo en las filas carrancistas avanzaron las nuevas propuestas y acciones culturales, también en los ámbitos dominados por el villismo, tal como lo ha puesto en claro la investigación de Frederic Katz. En los campos zapatistas encontramos también alguna influencia del pensamiento pedagógico anarquista. En general, las diversas corrientes revolucionarias estuvieron buscando nuevas alternativas para la educación.

Abatir el analfabetismo y desarrollar la educación para adultos, especialmente para los trabajadores, fueron otras preocupaciones constantes de los revolucionarios. Para este último propósito intensificaron la organización de escuelas nocturnas.

En la experiencia veracruzana encabezada por el gobernador preconstitucional Cándido Aguilar, se registró la organización de un poderoso Consejo de la Educación Popular, que tenía entre sus funciones controlar la política educativa. Eso incluía la aprobación de planes de estudio y designación del personal docente. En la acción educativa del general Aguilar surgió por primera vez la idea del texto gratuito.⁶



José Vasconcelos

AGN, Hermanos Mayo, Alfabético General, sobre 9340.1

⁶ Cfr. Ricardo Cerezo *et al.*, *Nunca un desleal: Cándido Aguilar*, Colmex/Gobierno de Veracruz, 1986, p. 124.

Se reforzaron en esa entidad las escuelas normales con influencia ideológica de la llamada escuela racionalista iniciada por el anarquista catalán Francisco Ferrer Guardia. Esta escuela sostiene el principio de que la educación que se dé en la infancia debe mantenerse en una base científica y racional, y, en consecuencia, debe alejarse de toda noción mística sobrenatural. El laicismo y el ateísmo, tomados como si fueran elementos necesariamente complementarios, fueron exigencias de esa propuesta educativa, que iba a influir en el conjunto del sistema que se iba a montar por el Estado nacional posrevolucionario. En el planteamiento europeo de esa escuela racionalista, también llamada moderna, hay una exigencia claramente anarquista que en nuestro suelo se elimina: la educación no debe desarrollarla el Estado. En nuestro país, contrariamente a la previsión anarquista primigenia, la educación racionalista se desarrolla por el apoyo estatal y en las instituciones educativas que crean los gobiernos posrevolucionarios. La enorme penetración que llegó a tener esa escuela hizo avanzar sustancialmente el proceso de secularización en esa región político-cultural del Golfo de México y, desde allí, se difundió en muchos otros puntos de la República.

La obra educativa más vasta en ese tiempo fue desarrollada por el gobierno preconstitucional del general Salvador Alvarado en Yucatán. En el informe de Alvarado a don Venustiano Carranza, que data de 1917, dice: “He consagrado las mayores energías, el más vivo entusiasmo, la dedicación más asidua y constante al ramo de la educación pública”.⁷ Y en efecto, hay indicadores sobre ese singular esfuerzo educativo en Yucatán. Entre 1915 y 1916, Alvarado expidió 28 cuerpos de leyes y reglamentos en materia educativa. La organización de escuelas en el período que abarca el informe citado fue amplísima. Y fue mayor todavía el aumento de la matrícula. Si se compara lo que existía en 1914, año anterior a la llegada de Alvarado, con 1915, encontramos un aumento de 61 escuelas (18%), pero el crecimiento de la matrícula fue de 16,860 alumnos (105%). Hubo también en ese año un aumento del personal docente (68%) y se pagaron salarios por un 198% más, lo cual incluyó nuevo profesorado y aumentos al existente. Los años siguientes se organizaron nuevas escuelas, en particular las mixtas (coeducación) recomendadas por la escuela racionalista y que alcanzaron el número de 303 en 1916. El dato más


⁷ Para una visión más amplia de la acción educativa de Alvarado, puede verse mi trabajo *Yucatán y los Orígenes del nuevo Estado mexicano*, México, Era, 1984. Si se quiere profundizar en la condición intelectual de Alvarado puede verse su obra recogida en una amplia antología publicada por el FCE, *Alvarado Estadista y Pensador*, 1994.

contundente del esfuerzo alvaradista en la materia fue que 36% del gasto público en todo su período fue dedicado a la educación. En pocos meses se fundaron o reactivaron en el Yucatán de Alvarado cientos de escuelas rurales, haciendo obligatorio para los hacendados el pago de salarios de los maestros en cada hacienda. Al terminar 1916 operaban 588 escuelas rurales en 502 haciendas. El gobierno de Alvarado organizó cerca de cien bibliotecas; impulsó dos congresos feministas y promovió la “república escolar” en los centros de estudio para fomentar la cultura democrática.

5. Los Archivos y la obra de intelectuales y revolucionarios

Parece que una buena manera para celebrar el centenario de la Revolución mexicana, que tienen a la mano los responsables de los archivos históricos de nuestro país, es difundir los fondos y la documentación importante que existen en sus acervos, a fin de provocar que los investigadores y actores sociales los consulten y avancen en los procesos de investigación que nos van aclarando progresivamente lo que somos como país, como sociedad y como República o Estado en México.

He consultado recientemente en el Archivo General de la Nación algunos expedientes sobre varios de los personajes que he mencionado en esta charla. Y hay en ellos materiales muy significativos para revisar diversos episodios biográficos, políticos, sociales y culturales en expedientes que se refieren a: Justo Sierra Méndez, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Caso y Salvador Alvarado.

En particular a mí me resultaron muy interesantes algunos documentos sobre la participación de Salvador Alvarado en la rebelión delahuertista, que tuvo lugar en 1923 y que dividió de manera muy importante al ejército en dos bandos, que apoyaron las candidaturas presidenciales de Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta. En este momento preparo una ficha sobre el general Salvador Alvarado Rubio, para el diccionario de la Revolución Mexicana, que realiza la Universidad Nacional Autónoma de México, en el marco de las celebraciones del centenario de ese movimiento. 

* Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.